

Álvaro de
la Iglesia

CON

Y

VERGÜENZA

AMOR

SIN



En su vigésimo «cumplelibros» Álvaro de la iglesia nos «regala» diez relatos más un breve y sustancioso prólogo.

Prólogo del autor

(Escrito también, como el resto del libro, con amor y sin vergüenza.)

En la vida del escritor verdadero, consagrada a escribir, cuentan menos los años cumplidos que los libros publicados.

Cumplir años, al fin y al cabo, está al alcance de cualquiera. Hasta los analfabetos —escalón zoológico intermedio entre el hombre y el mono—, añaden anualmente una velita a su tarta vital.

Cumplir libros, en cambio, requiere un esfuerzo mucho más considerable que esperar tranquilamente a que el movimiento de traslación terrestre nos lleve a dar una vuelta completa alrededor del Sol.

Es lógico, por lo tanto, que el escritor apenas haga fiesta el día de su cumpleaños; y que tire sin embargo la casa por la ventana para celebrar su «cumplelibros». Que es precisamente lo que yo estoy celebrando en este momento.

Gracias, lector, por esa tarjeta de felicitación que usted sin duda me mandaría si esta clase de fechas se celebrara con el ritual de los aniversarios corrientes. También yo, si este ritual se aplicase, correspondería a su tarjeta invitándole a comer un trozo de la tarta que ofrecen los festejados.

Por suerte para ambos, como los «cumplelibros» no han entrado oficialmente en el calendario de las celebraciones habituales, usted puede ahorrarse la molestia de la tarjeta y yo el gasto de la tarta. Este ahorro es ventajoso para mí, pues supongo que la tarta tendría que alcanzar un diámetro no inferior a una rueda de molino. Y aunque nunca he sido pastelero, sospecho que en su elaboración habría que emplear varios quintales de harina y muchos cientos de huevos.

¡Porque hoy cumpla veinte libros!

Y si por cada año cumplido sin esfuerzo es costumbre clavar una velita en la superficie del pastel tradicional, por cada libro parido con mil sudores sería menester plantar un velón tan grueso como un árbol.

Me limito, lector, a comunicarle la noticia de mi «cumplelibros» con satisfacción, pero sin comentarios. Para tener derecho a darle la lata con discursitos, tendría que haberle invitado a merendar. Y puesto que yo no doy tarta, tampoco doy lata. Se ahorra usted esa perorata —mejor sería llamarla «perolata»—, que los cumplidores de algo sueltan siempre en la sobremesa de sus ágapes. Me limitaré a presentarle este libro, diciendo con sencillez:

—He aquí mi volumen número veinte, tan voluminoso como sus diecinueve hermanitos que usted ya conoce. Por lo menos de oídas; pues aunque tengo fama de optimista, no lo soy tanto como para suponer que algún piso de su biblioteca está ocupado por toda mi numerosa familia literaria.

He aquí «Con amor y sin vergüenza», que no se llama así por capricho, sino porque con estas dos virtudes están hechos todos los relatos que lo componen. Mis personajes aman la vida y la cuentan crudamente, sin avergonzarse de su sinceridad. Creo que éste es el único modo de que el lector pueda sacar de ellos alguna enseñanza. A estas alturas, para que los personajes de un libro enseñen algo, es necesario que se desnuden del todo.

También yo, con amor y sin vergüenza, aprovecho este vigésimo «cumplelibros» para mostrarme ante los lectores tal como soy. Y encabezo esta nueva serie de relatos, como podrá ver en la página siguiente, relatando mi propia vida. Puede que usted, al leerla, me dirá:

—Su vida no me ha gustado nada.

Y yo, humildemente, le contestaré:

—Lo siento: no tengo otra.

Autovidorramía

NACÍ EL 9 DE SEPTIEMBRE DE 1922. Digo también el año sin ningún rubor, porque siempre me han parecido ridículos esos hombres coquetos que ocultan su edad como si fueran señoras gordas.

Vine al mundo, como puede verse, en una época bastante *belle*. Europa había tenido tiempo para rehacerse de la guerra del catorce, y aún no lo había tenido para prepararse para la del treinta y nueve.

Mi madre dijo siempre que pesé más de cuatro kilos al nacer, pero yo no podría asegurarlo: ya se sabe que las madres, en esto, siempre exageran.

Soy donostiarra por pura casualidad. Porque mi familia, que entonces era rica, solía veranear en la Costa Vasca francesa. (No sé por qué, la verdad, pues a mí siempre me ha parecido igual a la española: hay en ella los mismos vascos con su boina, los mismos calamares con su tinta... Pero cuando las familias tienen dinero, en algo tienen que gastarlo.) Como mi nacimiento estaba calculado para esas fechas veraniegas, se decidió no cruzar la frontera aquel año para evitarme el anacronismo de que yo fuera francés. Decisión que yo, posteriormente, he agradecido muchísimo. No porque no me guste Francia, sino porque hubiera tenido que escribir en lengua francesa, cuya ortografía es mucho más complicada que la española.

Éste es el motivo de que yo naciera en San Sebastián, a última hora de una tarde soleada. No entiendo mucho de horóscopos, pero supongo que a los niños nacidos durante el día se les puede atribuir una característica fundamental de su personalidad: la de no ser pelmazos. Porque ya se sabe que, en general, los niños se empeñan en nacer de ma-

drugada, molestando a las madres y a los tocólogos. Y el que molesta desde que llega al mundo, no parará de molestar hasta que salga de él. A esto se debe, probablemente, el elevado porcentaje de pelmazos que soporta la Humanidad.

Fui bautizado en la iglesia de San Ignacio, con los nombres de Álvaro María Eugenio Alejandro Sebastián. Si el Registro Civil cobrase mil pesetas por cada nombre que se le impone a un recién nacido, es probable que las familias fueran más concisas en la nomenclatura de sus retoños. Pero como en la inscripción no se cobra a tanto la línea, pueden hacerse en cada criatura verdaderos derroches de santoral completamente gratis.

El nombre de Álvaro lo eligió mi madre porque le gustaba, y yo siempre le he agradecido su buen gusto. El Eugenio se me puso para dar coba a mi padrino, que se llamaba don Eugenio Montero y era Vicealmirante de la Armada. El Alejandro me lo añadió mi padre, porque le gustaba a él. Y el Sebastián fue una atención que se tuvo con la capital guipuzcoana, por haberme visto nacer. El María se me añadió por si alguna vez deseaba llevarlo a remolque del Álvaro, formando con él un nombre compuesto.

Conmigo nacido y bautizado, mis padres regresaron a Madrid en cuanto terminaron en el Norte las lluvias veraniegas y empezaron las lluvias otoñales.

Vivíamos entonces en la calle de los Hermanos Bécquer, 8. Esta casa la había construido mi abuelo paterno, Francisco de Laiglesia, que también llegó a alcanzar notoriedad en sus tiempos; aunque por motivos menos frívolos que yo en los míos: él fundó el Banco Español de Crédito, y fue Gobernador durante muchos años del Banco Hipotecario. Muy aficionado a las Letras y las Artes, como los grandes señores de la antigüedad que podían permitirse esos lujos, reunió dos colecciones importantes: una de libros de caballerías, y otra de porcelanas del Buen Retiro. Cultivó también la literatura, escribiendo cuatro gruesos tomos de *Estudios*

Históricos, que sólo conocemos y admiramos todos sus nietos y algunos eruditos.

Me hubiera gustado conocer y tratar a este abuelo, que era un hombre culto e importante, pero no me dio tiempo: murió muy poco después de que yo naciera. Y lo sentí de veras, pues aún hoy se le recuerda con admiración en los círculos bancarios y culturales.

No es por presumir, pero creo que empecé a tener uso de razón bastante antes de la edad en que los demás suelen usarla. Prueba de ello es que, sin esforzarme mucho ni inventar nada, acuden a mi memoria recuerdos de una época muy cercana a mi lactancia.

Recuerdo, por ejemplo, que un día estaba yo en los brazos de mi ama. (Luego supe que se llamaba Manuela. Lo que no he sabido es qué clase de ama fue: seca o mojada.) Ella reía, aproximándome al cristal de una ventana, contra el cual se estrellaba un moscardón que pretendía en vano escapar del cuarto. Dada mi pequeñez, el moscardón me parecía grande como un pájaro y rompí a llorar de miedo. Esas historias que cuentan los psiquiatras de complejos adquiridos en la infancia, deben de ser ciertas: puede que desde entonces me haya quedado un complejo de bicharracos, pues nunca he podido soportar sin repugnancia a todos los insectos en general, y a los moscardones en particular. Confieso que la obra de Dios que menos admiro, es la formada por esas criaturillas con élitros y alas, patas y antenas, que vuelan y se arrastran como monstruitos. Que Dios me perdone; pero creo que la Naturaleza, con su infinita sabiduría, pudo ahorrarse la creación de esas pequeñas asquerosidades.

Recuerdo también el dolor de la primera otitis que padecí en el oído izquierdo. Muy poca edad debía de tener yo entonces, pues mis padres consentían sin escandalizarse que durmiese conmigo una *fraulein* alemana bastante guapa. Era mi institutriz. La desperté con mi llanto en plena noche. Y ella, a falta de otro remedio, me dio un cachete y me

dijo que me callara. He olvidado si con este tratamiento el dolor se me calmó, pero supongo que sí. Porque todo el mundo sabe que la aplicación de calor es el calmante más eficaz para las otitis. Y habrá pocos calores tan intensos como el que produce un buen cachete.

Podría contar también la vergüenza que sentí una mañana, al comprobar que durante el sueño había humedecido mi colchón con mis propios medios. Pero bastantes porquerías de esta clase hemos leído ya en las novelas contemporáneas, para que además nos dediquemos a contarlas en las autobiografías.

Otro recuerdo curioso que me queda de mi primera infancia, es el tamaño desmesurado de todo lo que me rodeaba. Las habitaciones de nuestro piso en la calle de los Hermanos Bécquer, tenían para mí dimensiones catedralicias: en mi dormitorio me parecía estar durmiendo en la catedral de Burgos. En el comedor, tenía la sensación de tomarme mis papillas en la de Milán. Y cuando entraba en el salón, me sentía tan pequeñajo como un turista en la basílica de San Pedro. Yo me preguntaba por qué diablos habían construido todas las cosas del mundo tan grandes, sin tener en cuenta mi pequeñez. Me ponía frenético tener que empinarme para alcanzar con la mano los picaportes, y verme obligado a trepar por los travesaños de las sillas hasta conseguir poner mis nalgas en los asientos.

Esta impresión de gigantismo de todo lo que me rodeaba, fue reduciéndose paulatinamente en mis domicilios posteriores. Porque mi familia, por motivos que a mí no me explicaban —¿quién da explicaciones a un retaco de pocos años?—, empezó a mudarse de casa con alguna frecuencia.

Entonces estas mudanzas no le sorprendían a nadie, pues ya advertí al principio que aquella *époque* era bastante *belle*; y para mudarse a un piso que a uno le gustaba, no era necesario comprarlo previamente. Las fachadas madrileñas estaban cubiertas de tentadores «Se alquila». Y las

rentas de los pisos sin bicho dentro eran tan asequibles, que resultaba difícil resistir la tentación.

Mucha gente se mudaba entonces por un quítame allá esas vistas; lo que equivale a decir por simple aburrimiento de ver siempre por las ventanas la misma calle y la misma casa de enfrente. O porque los tabiques del piso eran delgaditos y el vecino de al lado tosía mucho. O porque a la portera le olía el aliento. O porque el piso anunciado rentaba cuatro duros menos y tenía cinco balcones más.

Yo supongo que por algún motivo de éstos, en un lapso de tiempo relativamente corto, viví en las calles de Hermosilla, Marqués del Riscal, Paseo de la Castellana, Miguel Ángel y Velázquez. También pasé una temporada en una hermosa quinta que teníamos en Chamartín, con una casa que tenía la fachada principal cubierta de hiedra.

A nadie debe extrañarle, sabido esto, mi afición actual por los viajes. Es lógico que si de niño viajé tanto en pequeña escala, de adulto me haya aficionado a seguir viajando en escala mayor.

No puedo precisar, ni creo que a nadie le importe, el número de años que permanecí en cada uno de aquellos hogares. En realidad ninguno de ellos llegó a tener temperatura de verdadero hogar, pues cuando habían empezado a caldearse los abandonábamos para instalarnos en otro. Omitiré, por lo tanto, estos datos y fechas que al fin y al cabo carecen de interés. Porque cuando llegamos a cierta edad, la infancia se nos convierte en un revoltijo de recuerdos, gratos y enmarañados, metidos de cualquier manera en un desván de la memoria. Ordenar este desorden sería una tarea difícil, laboriosa y completamente inútil.

Cuando éramos niños, el tiempo tenía para nosotros un valor muy relativo. Se estiraba unas veces y se encogía otras, como un trozo de goma. Durante meses enteros la vida no nos dejaba ninguna huella, y pasaba de prisa. Vivíamos sin darnos cuenta, de un modo casi vegetal. Y de pronto un solo acontecimiento, insignificante para un adul-

to, se nos grababa en la memoria para siempre. A mí, al menos, me ocurría eso. Puede que a ustedes también. Y por eso mismo conservo de cada casa en la que viví unas cuantas estampillas sueltas, pero me siento incapaz de ordenarlas.

De mi temporada en la calle de Hermosilla, recuerdo un larguísimo balcón y los muslos de una criada. El balcón daba a un jardín situado en la parte posterior de la casa, y asomados a él mis hermanos mayores disparaban contra los pájaros con una pistola de aire comprimido. Afortunadamente para los pájaros, mis hermanos tenían mala puntería y no lograron hacer enviudar a ninguna gorriona.

Los muslos pertenecían a una doncella llamada Carmen, que por las tardes cosía en el cuarto de la plancha. Se sentaba junto a la ventana en una silla baja, para aprovechar la luz. Y la silla era tan baja, que sus piernas quedaban en alto. En esta posición la falda nada podía hacer para ocultarlas, y el observador —que era yo— podía verlas en su totalidad: desde los zapatos, hasta la zona prohibida que las medias no cubrían. Ella, absorta en su costura, no se daba cuenta de la lección de anatomía que me daba sin proponérselo. Lección que me sirvió para aprender que la utilidad de las piernas femeninas no se limita exclusivamente a la locomoción. Tanto me atraieron estos estudios, que no falté ni un solo día a las clases anatómicas que aquella catedrática explicaba sin palabras en el cuarto de la plancha.

Otra de las diversiones que tuvieron mis hermanos en el piso de Hermosilla, además de disparar contra los pájaros con la pistolita, fue la de pasar la tos ferina. Y en este juego participé, porque me la contagiaron para que yo no me aburriese. Pero no me divertí mucho, porque la única gracia de la tos ferina, además de la tos propiamente dicha, era que el médico nos hacía beber mucho sifón. No sé por qué. Misterios de la vieja terapéutica.

De la casa en Marqués del Riscal recuerdo que teníamos una escalera particular para subir a nuestro piso. Y en el

descansillo, frente a nuestra puerta, mi padre puso una imagen antigua de Santa Teresa, tallada en madera. Entonces aún teníamos la casa tan llena de obras de arte, que podíamos permitirnos el lujo de dejar alguna en la escalera. El piso era inmenso, con balcones a Riscal y a Monte Esquinza. En la casa de enfrente, por la parte de Riscal, vivían unas chicas con las cuales se timaban mis hermanos mayores.

Una facilidad semejante a la que teníamos para mudarnos de casa, la tuvimos también para cambiar de institutriz. Creo que la que me correspondió entonces fue una francesa, paliducha y anémica, con la cual mis hermanas y yo bajábamos a tomar el aire en la Castellana. Allí las niñas saltaban a la comba, y los niños nos aburríamos porque no nos dejaban jugar al «guá», ni con tierra, ni a ninguno de esos juegos que pudiesen poner en peligro nuestros elegantes trajes de niños acomodados. Tampoco nos dejaban comer chufas, ni barquillos, por aquello de que «es malo tomar porquerías entre horas». En fin, un asco.

De la temporada que pasamos en la quinta de Chamarín, recuerdo un pino muy corpulento al que yo trepaba por las tardes, y en cuyas ramas más altas me quedaba muchas horas pensando en las musarañas. Por las mañanas iba a darnos lecciones de francés una señora gorda, que vivía cerca de la quinta y tenía muchos conejos. De este detalle me acuerdo muy bien, porque la mitad de la clase nos la pasábamos recorriendo el jardín armados de cuchillos, buscando comida para los animalitos de la profesora. Nosotros aprendimos poco francés con ella, pero sus conejos engordaron una barbaridad. Y váyase lo uno por lo otro.

En la quinta, cerca de la casa, había un estanque sin peces, pero con ranas. Se me ocurrió dedicarme a pescarlas para hacer una colección de ranas, pero en cuanto pesqué la primera desistí por dos motivos: el primero, porque todas las ranas son iguales; y el segundo, porque no se pueden conservar dentro de una caja, clavándolas al fondo con

un alfiler (prueben ustedes, y ya olerán cómo apestan las condenadas en cuanto se pudren).

Aquel año empecé a sentirme orgulloso de mí mismo, porque oí decir a mis hermanos con cierta rabia que yo era «el favorito de mamá». Y yo, que adoraba a mi madre, decidí llegar a ser importante en el mundo para justificar esta distinción que —según mis envidiosos hermanos— ella me había concedido. Quizá me equivoque, pero es posible que para llegar a ser favorito de la opinión pública no sea mal principio empezar siendo «el favorito de mamá».

Toda mi familia, que fue muy feliz porque yo era manejable e inocentón como cualquier niño corriente, está aureolada en mi memoria por el recuerdo de mi madre. No necesito hacer ningún esfuerzo mental para recordarla tal y como yo la veía entonces: bellísima siempre, porque su belleza era extraordinaria; y buena hasta el punto que todos sus hijos fuimos un poco mal educados, porque ella era incapaz de castigarnos con severidad.

La recuerdo bajando por la escalera de la casa de Chamarín, impresionante como una reina guapísima (las reinas feas no impresionan a nadie), vestida con traje de noche para asistir a alguna fiesta.

La recuerdo riéndose de las cosas que yo decía en mi media lengua, cuando mis «erres» me resbalaban en la boca y se convertían en «egges».

La recuerdo inclinándose sobre mi cama infantil rodeada de barrotes, para besarme cuando me daba las buenas noches.

—Te quiero mucho —me decía entonces.

—Y yo a ti también —contestaba yo.

—Y yo a ti también —repetía ella, apagando la luz de mi cuarto.

—Y yo a ti también —repetía yo.

—Y yo a ti también —continuaba ella el juego de las repeticiones, saliendo al pasillo y dejando mi puerta entornada.

—Y yo a ti también —repetía yo, pues deseaba ser el último en aquel cariñoso duelo dialéctico.

—Y yo a ti también —repetía ella, alejándose por el pasillo.

—¡Y yo a ti también!... —repetía yo cada vez más fuerte, a medida que su voz iba adelgazándose en la distancia.

—Y yo a ti también... —la oía decir al final desde muy lejos, cuando ya había doblado el recodo del pasillo.

—¡Y yo a ti también!...

Tanto la quería, que me hubiera parecido una impertinencia dejar sin respuesta el último «Y yo a ti también» que ella me dirigía. Sólo cuando estaba seguro de haber respondido a todos sus «Y yo a ti también», podía dormirme tranquilo.

Recuerdo a mi madre junto a mí, en todas las asignaturas de ese largo bachillerato de enfermedades que los niños tienen que pasar: varicela, sarampión, escarlatina, vegetaciones, anginas, acetona, urticaria...

Yo —nunca me ha gustado privarme de nada— pasé una asignatura más de ese bachillerato infeccioso: unas fiebres tifoideas a temprana edad, que me llevaron al borde de la tumbita. Pero gracias a los desvelos de mi madre, que no se separó de mí ni un solo momento, la Muerte se fue en aquella ocasión con la guadaña vacía.

A mi madre debo también mi afición a la buena música. La recuerdo sentada ante el gran piano de cola «Bechstein» que entonces teníamos, interpretando apasionadamente a Schumann y Chopin.

Ella, repito, llenó mi infancia de luz y ternura. Y me basta su recuerdo para poder jactarme de haber sido el niño más feliz del siglo XX.

Cuando nos mudamos a la Castellana, o quizás un poco antes, empecé mis estudios en el Colegio de Nuestro Señora